

LA TÍA ANA.

Silencio. Poca iluminación, el canto de las aves y el balar de las ovejas. Rodeada de monte, de sierras y un arroyo fue como Ana decidió que su lugar en este mundo sería el Perdido.

La tía Ana creció junto a sus hermanos y sus padres en el barrio de una ciudad pequeña, entre vecinos que conversaban hasta tarde en la vereda, niños que iban a la escuela cruzando un puente colgante de madera y tareas que debían hacerse con lápiz y papel. El contacto más cercano que tenía con el agua era la cañada que se hallaba frente a su hogar, la cual fue protagonista de muchas horas de entretenimiento.

La aventura que impartió para comenzar una nueva vida fuera de la ciudad hizo que ella viera el cielo de forma diferente. Entre coronillas, eucaliptos y talas se refugió para conocer las maravillas que la naturaleza tenía para ofrecer, conviviendo con la soledad y el pasar lento del tiempo, aprendió que un arroyo puede ser un gran maestro.

En una de las ocasiones en las que acompañó a sus hijos a la escuela, supo que existía la posibilidad de aprender sobre hilado, teñido de lana con hierbas naturales y conservación de alimentos. Y así comenzó a tejer ponchos, ruanas y tapices para saciar su creatividad, y nunca perdía la oportunidad de regalar una prenda que ella misma hubiese hecho. Visitó la escuela en donde su hermana enseñaba para mostrarle a los niños del lugar cómo usar una rueca, ver cómo se hilaba desde el vellón hasta el ovillo y teñir la lana con elementos naturales. Recuerdo el poncho rojo que supo ser abrigo en mis primeros años de vida, porque Ana no abrigaba solamente con sus prendas, sino que abrigaba con sus palabras, su cariño y su escucha. También era quien reunía a la familia siempre que fuera posible, ya sea en una yerra, al lado del mar o a orillas del arroyo, lo que importaba eran los buenos momentos que quedaban por escribirse y los recuerdos que quedarían resguardados en la memoria. Entre mate y mate, cada vez que ibas a la casa de la tía Ana para hablar de la vida, podía ser que salieras de allí con una gran sonrisa y un corte de pelo, porque el humor y las tijeras eran algo que siempre estaban de su lado.

Tenaz y de gran corazón, se hacía pasar ante algunos como una mujer de gran carácter. Cuestionadora de las normas de su época e inconformista del rol que se esperaba que la mujer cumpliera en ese momento, entendió que ser mujer significaba algo mucho más grande que ser solamente ama de casa. Decidió compartir mensajes de empoderamiento con sus hermanas y conocidas, formó parte del Plenario de mujeres del Uruguay para asegurarse que ninguna mujer se tendiera la trampa.

Descubrió que tenía en sus manos la posibilidad de reescribir las normas, de buscar nuevos caminos para que las mujeres del mañana pudieran transitar y así encontrar su lugar en el mundo.

Todos en esta vida tenemos a alguien que nos ilumina, que nos guía y nos sirve de centinela para poder sobrellevar adelante las peripecias que la incertidumbre cotidiana nos ofrece. El poder del amor, de la naturaleza y de la comprensión por todo lo que nos rodea es algo que a la distancia pude aprender de ella.

Y aunque hayas partido hace ya unos años, te veo en cada cielo estrellado, en el viento que sopla al amanecer y comienza un nuevo día, en las normas que rompo cuando hago lo que no se espera de mí. Te siento en los chistes de mi padre y en la paz que transmite mi abuela al hablar, en cada abrazo familiar que nos une.

Te veo muy lejos en las sierras, siendo la brújula que guía el camino que voy trazando en busca de nuevos horizontes. Te siento conmigo cuando me asomo en bicicleta en busca del Perdido.

ATENEA.